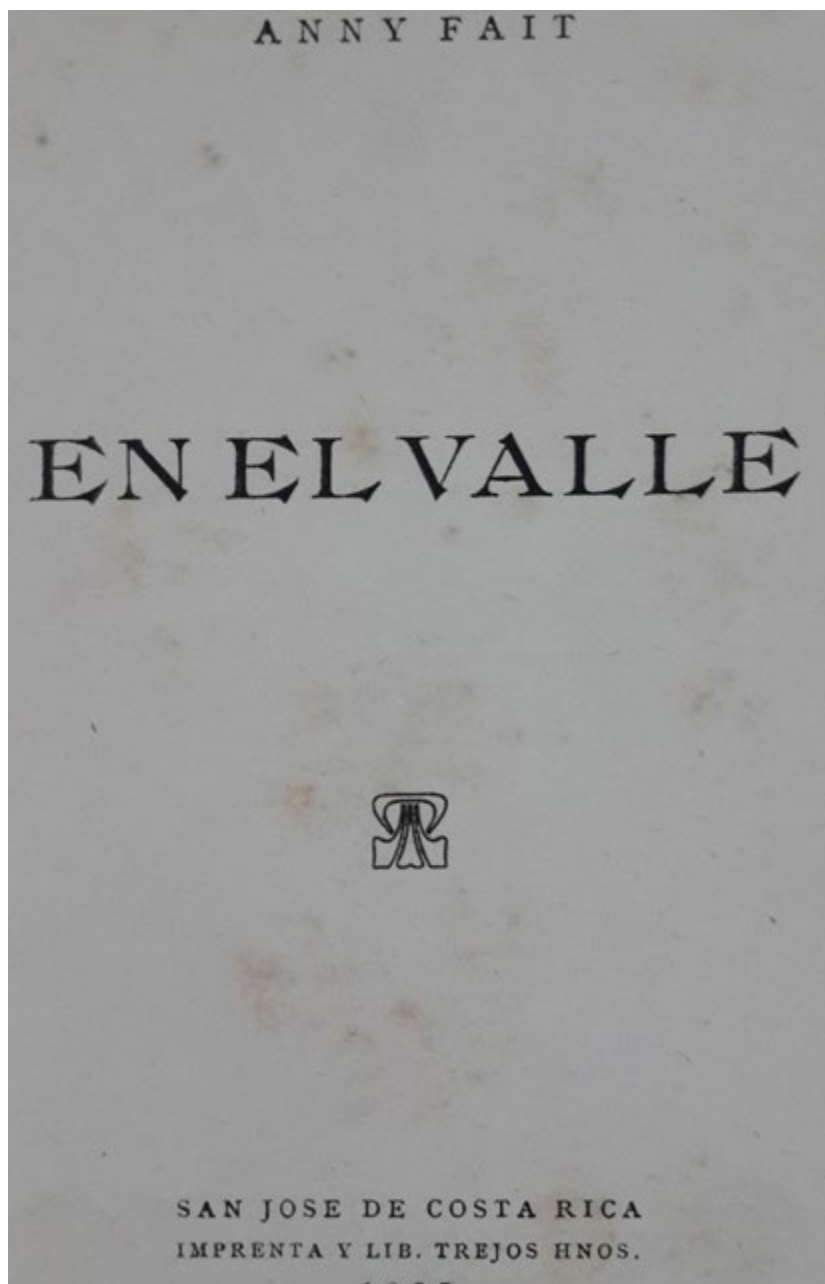


Anny Fait



Una encantadora mujer de la Europa desorientada, se acogió al seno de la nación costarricense e hizo de la nuestra su segunda patria.

De su contacto con la tierra tropical y añorando las bellezas del lejano nido de su infancia y de su adolescencia, Anny Fait obtuvo unas páginas de honda psicología femenina, sencillas e interesantes. A las que llamó con dulce acento de nostalgia En el valle.

Alma, la suave protagonista, nació al arrullo de las inolvidables leyendas de una antigua ciudad del norte europeo. Tiene pocos años cuando la vida, insinuante siempre, la conduce hacia el amor. Un amor que había de ser romántico como nacido en aquellas latitudes entre una hija de los fríos intensos y un mancebo de sangre latina, de esa sangre que hierve al correr por las venas de una raza como la italiana.

Se aman con intensa pasión. Es enero, con sus nieves que azotan como acariciando los rostros, con sus fríos que, a veces, llegan hasta el alma.

El novio acaba de partir hacia los trópicos de la América encantada. Ella ha jurado, ante su propia límpida conciencia, esperarlos hasta el retorno. ¿Y si no vuelve? Se promete ir a buscarlo allá en donde lucha con la naturaleza bravía para ofrecer a la virgen lejana cuanto ella merece.

Pasa el invierno. Se despiertan las alegrías y los amores al conjuro de la primavera, perfumada de matices y brillantes en aromas. Avanza el otoño de cansado gesto que acude al llamado insistente de los crisantemos y de las dalias. Por doquier, dominan los tonos verde, amarillo, castaño y oro. Las

brisas frescas, en los jardines, juegan como colegialas, con las hojas secas, que parecen también de oro. La soledad se entretiene en martirizar como si fuese despojos, los recuerdos de inocente amo; de la prometida de un imposible.

Vuelve el invierno. El frío se abraza a las cosas. En el espíritu noble de Alma no encuentra acogida alguna ese frío sin misericordia.

Como él no puede venir, ella, valiente Walkiria, decide emprender el viaje. Atraviesa el amargo océano, sin angustia alguna. Brilla, en su alma, la lucecilla vibrante de la seguridad y de la esperanza.

Llega a la tierra del misterio y del amor. En un abrazo loco, de promesas infinitas, se confunden los enamorados. Al través de un suelo muy diferente al suyo, camina encantada. Logra saber lo que es distancia sin cansancio lo que es un camino que nunca termina: imagen fiel de su amor intenso.

En el corazón de la montaña es en donde ha de colgar el nido de sus anhelos. Escucha, de día y de noche, la rapsodia sin fin que solo la naturaleza de los trópicos es capaz de ofrecer.

Está sola. Sin embargo, no siente esa soledad que a otro espíritu menos fuerte y menos artista que el suyo, habría saturado de inquietud. Se encuentra en medio de la selva que murmura. Escucha que la llaman hermana las mariposas y los pájaros, las flores y las plantas, los árboles y el arroyo. Entonces, menos sola le parece estar.

Pone amor en cuanto la rodea. Su alma está siempre en plena primavera. Derrama alegría. Siembra bondades. Pone en las cosas y en los espíritus, algo bello que nada cuesta.

A veces, la nostalgia, amarga como la mirra y como el ajeno, hinca sus angustias en el corazón de Alma. Son más bien, dos nostalgias. La de la tierra lejana, llena de ensueños y de esperanza. La de un hijo, adorado y adorable, que con sus travesuras inefables ha de hacer olvidar cuanto a él no se refiere.

Ella domina toda inquietud. Se convence de que no conviene vivir de recuerdos y de anhelos solamente. Sabe que es preciso no alejarse de la realidad que seduce siempre con sus múltiples incitaciones.

Acá, parece que surge una tentación, apagada al nacer. Aún en los lugares remotos, la vida puede ser buena. Basta darle el valor que esa misma vida posee.

Alma triunfa. Ni la tristeza de la cuna vacía, ni la soledad que la rodea, ni la alegría con sus locuras contagiosas, ni las extrañas incitaciones a la libertad, nada logra apartarla de su rincón apacible ni alejarla del amor que llena su alma darle una adolescencia, toda ilusiones.

Interesante el tema, delicado el desarrollo, filosófico el desenlace. Un verdadero cuento de hadas relatado por una hija del país de las narraciones en las que intervienen hadas buenas y brujas de maldad inconcebible, donde les dé hermosura impresionante, magos que, fingiendo caricias una flor y enderezar un tallo, lanza una mirada que despierta rebeldías y anhelos de libertad.

Pero, en el bello libro, la victoria es de las hadas que por doquier destruyen la felicidad.

Es de dolerse, sinceramente, de que Anny Fait no haya escrito nada más. Cuánto no habría agradado oír la iniciar otra leyenda del trópico al decir, con su voz melodiosa: ¡había una vez...!